

EL COLLAR  
DE LA REINA

---

PRIMERA PARTE

~~~~~

CAPÍTULO PRIMERO.

DOS MUJERES DESCONOCIDAS.

Aunque el invierno de 1784, ese monstruo que devoró la sexta parte de la Francia, zumbaba reciamente á las puertas de la casa del duque de Richelieu, no pudimos verlo hallándonos como nos hallábamos encerrados en su comedor tan caliente y perfumado.

Lo único que se percibía era un poco de escarcha en los



cristales, lujo de la naturaleza añadido al de los hombres. El invierno tiene sus diamantes, sus polvos y sus bordados de plata para el rico sepultado en sus pieles, tapado en su carroza, ó empaquetado en los algodones y terciopelos de un aposento caliente. Las escarchas son una pompa, toda intemperie un cambio de decoración que el rico mira ejecutarse á través de los vidrios de sus ventanas por ese grande y eterno maquinista llamado Dios.

En efecto, el que tiene calor puede admirar los árboles negros y hallar encanto en las sombrías perspectivas de las llanuras embalsamadas por el invierno.

El que siente subir á su cerebro los suaves perfumes de la comida que le aguarda, puede respirar de vez en cuando, á través de una ventana entreabierta, el áspero perfume del cierzo y el glacial vapor de las nieves que regenera sus ideas.

En fin, aquél que, después de un día sin sufrimientos, cuando han sufrido millones de sus conciudadanos, se tiende bajo una colcha de plumazón entre finísimas sábanas, en un blando lecho bien caliente, puede hallar, como ese egoísta de que habla Lucrecio y al que glorifica Voltaire, que todo marcha bien en el mejor de los mundos posibles.

Pero el que tiene frío no ve nada de todos esos esplendores de la naturaleza, tan rica con su manto blanco como con su manto verde.

El que tiene hambre busca la tierra y huye del cielo, del cielo sin sol, y por consiguiente sin sonrisa para el desgraciado.

En esa época á que hemos llegado, esto es, hacia mediados del mes de abril, trescientos mil desventurados, muertos de frío y hambre, gemían en París solamente, en

París donde so pretexto de que ninguna ciudad encierra más ricos, no se había adoptado ninguna medida para impedir que los pobres pereciesen de frío y de miseria.

Cuatro meses hacía que un cielo de bronce echaba á los desgraciados de las aldeas á las ciudades.

Nada de pan, nada de leña.

Nada de pan para los que soportaban el frío, nada de leña para cocer el pan.

París había devorado en un mes todas las provisiones acopiadas, y el preboste de los mercaderes, imprevisor é incapaz, no sabía hacer entrar en París, confiado á sus cuidados, doscientas mil cuerdas de leña disponibles en un radio de tres leguas alrededor de la capital, y daba por excusa, cuando helaba, el hielo que impide á los caballos caminar, y cuando deshelaba, la insuficiencia de las carretas y de los caballos.

Luis XVI, siempre bondadoso, siempre humano, y siempre el primero á condolerse de las necesidades físicas del pueblo cuyas necesidades sociales le pasaban más fácilmente desapercibidas, principió por destinar una suma de doscientas mil libras al alquiler de carretas y caballos, y luego mandó hacer una requisita forzosa de las unas y los otros.

Sin embargo, el consumo seguía arrebatándose cuanto llegaba á París; era preciso poner tasa á los compradores, y se prohibió que ninguno pudiese sacar del almacén general, primero más de una carretada de leña, y luego más de media. Entonces se vió alargarse la fila de los compradores á la puerta de los almacenes de leña, como más tarde debía alargarse á la puerta de las panaderías.

El rey gastó todo el dinero de su caja particular en limosnas, mandó tomar tres millones de los ingresos de puertas y



los destinó al alivio de los desgraciados, declarando que toda urgencia debía ceder y acallarse ante la urgencia del frío y del hambre.

La reina, por su parte, dió quinientos luises de sus ahorros. Los conventos, los hospitales, los monumentos públicos, se transformaron en salas de asilo, y abriéronse todas las puertas cocheras por orden de sus dueños, á ejemplo de las de los palacios reales, para dar acceso en los patios de los hoteles á los pobres que acudían á acurrucarse alrededor de un gran fuego, esperando de ese modo poder tirar hasta pasado el deshielo.

¡Pero el cielo estaba inflexible! Todas las noches se extendía en el firmamento un velo de cobre rosado, la luna brillaba seca y fría como un farol de muerte, y la helada nocturna volvía á condensar en un lago de diamante la nieve pálida que el sol de mediodía había derretido por un instante.

Durante el día, millares de obreros, con la pala y el pico en la mano, espalaban la nieve y el hielo á lo largo de las casas, de manera que la mitad de las calles, demasiado estrechas ya en su mayor parte, se hallaba obstruída por un doble parapeto espeso y húmedo, y los transeúntes tenían que arrimarse contra ellos para separarse de los coches pesados, y de los caballos vacilantes y abatidos á cada instante, exponiéndose al triple riesgo de las caídas, los choques y derrumbamientos.

En breve tiempo, llegaron á ser tales los montones de nieve y hielo, que ocultaban la vista de las tiendas, obstruían los pasajes, y fué preciso renunciar á levantar el hielo por no ser suficientes las fuerzas y los medios de acarreo.

París impotente se confesó vencido y dejó al invierno el campo libre. De ese modo pasaron diciembre, enero, febrero

y marzo; y algunas veces un deshielo de dos ó tres días convertía en un océano á todo París, desprovisto como se hallaba de alcantarillas y de desagüaderos.

En aquellos momentos había calles que solo podían atravesarse á nado; perdíanse en ellas y se anegaban los caballos, y los coches no se aventuraban á atravesarlas ni aun al paso, porque se habrían convertido en lanchas.

París, fiel á su carácter, puso en canciones la muerte por el deshielo, como la había puesto por el hambre. Se acudió en procesión á los mercados para ver á las verduleras vender sus mercancías y andar de un lado á otro con enormes botas de cuero, calzónes sobre las botas, y la falda arregazada hasta la cintura, riendo, gesticulando y salpicándose unas á otras en el pantano que habitaban; pero como los deshielos eran efímeros, como volvían las heladas más opacas y tenaces, y los lagos de la víspera se convertían al día siguiente en un cristal resbaladizo, los coches eran reemplazados por trineos que corrían empujados por patinadores ó tirados por caballos herrados con puntas, sobre las calzadas de las calles trasformadas en un terso espejo. El Sena, helado en una profundidad de muchos pies, se había convertido en punto de reunión de los ociosos, que se ejercitaban allí en la carrera, esto es, en la caída á los resbalones, en patinar, en fin en toda clase de juegos, y que, acalorados con esa gimnástica, corrían al fuego más inmediato cuando la fatiga los obligaba á descansar, para impedir que se helase el sudor en sus miembros.

Se prevenía el momento en que, estando interrumpidas las comunicaciones por agua, y siendo imposibles por tierra, no llegarían ya los víveres, y en que París, este cuerpo gigantesco, sucumbiría por falta de alimentos, á



la manera de esos monstruos cetáceos que, habiendo despoblado sus cantones, se quedan encerrados por los hielos polares y mueren de inanición, por no haber podido escabullirse por las hendiduras como los pececitos que son su presa, é irse á zonas más templadas, á unas aguas más fecundas.

En tan apurada situación, el rey reunió su consejo, y se decidió en él que fuesen desterrados de París, esto es, que se rogase volvieran á sus provincias á los obispos, abates y monjes, harto poco cuidadosos de su residencia, á los gobernadores é intendentes de provincia, que hablan hecho de París la capital de su gobierno; y en fin, á los magistrados, que preferían las tertulias á sus poltronas flordelissadas.

En efecto, todas esas personas hacían un gasto muy crecido de leña en sus ricos hoteles, y consumían muchos víveres en sus inmensas cocinas.

Quedaban además todos los señores de tierras provinciales, á quienes debía invitarse á encerrarse en sus casas de campo. Pero M. Lenoir, subdelegado de policía, hizo al rey la observación de que, no siendo culpables todas aquellas personas, no se las podía forzar á salir de París de la noche á la mañana; que de consiguiente, al retirarse, lo harían con una lentitud hija de su mala voluntad á la par que de la dificultad de los caminos, y que de ese modo llegaría el deshielo antes de haber obtenido las ventajas de semejante medida, al paso que se palparían todos sus inconvenientes.

Sin embargo, aquella compasión del rey que había dejado exhausto su tesoro, y aquella misericordia de la reina que había agotado sus ahorros, habían excitado la gratitud

ingeniosa del pueblo, el cual consagró, por medio de monumentos, efímeros como el mal y como el beneficio recibido, la memoria de las caridades que Luis XVI y la reina habían derramado entre los menesterosos. Así, como en otro tiempo los soldados erigían trofeos al general vencedor con las armas del enemigo de que los había librado, los parisienses levantaron á los reyes obeliscos de nieve y hielo en el mismo campo de batalla en que luchaban contra el invierno, el bracero contribuyó con sus brazos, el obrero con su industria, el artista con su talento; en cada esquina de las calles principales elevarónse obeliscos elegantes, atrevidos y sólidos, y el pobre hombre de letras á quien la beneficencia del soberano había ido á buscar en su boar-dilla, presentó la ofrenda de una inscripción redactada más bien por su corazón que por su talento.

Al fin de marzo había llegado el deshielo, pero desigual é incompleto, con repeticiones de heladas que prolongaban la miseria, el dolor y el hambre en la población parisiense, al mismo tiempo que conservaban en pie y sólidos los monumentos de nieve.

Jamás había sido tan grande la miseria como en ese último período; y era porque las intermitencias de un sol templado ya, hacían parecer aun más duras las noches de helada y viento. Las grandes capas de hielo se habían derretido y desaguado en el Sena, que desbordaba por todas partes; pero en los primeros días de abril se manifestó una de esas recrudescencias de frío de que hemos hablado; los obeliscos, á lo largo de los cuales había corrido ya un sudor que presagiaba su muerte, los obeliscos, medio derretidos, se solidararon de nuevo, informes, y achicados: una hermosa capa de nieve cubrió los baluartes y



los muelles, y se vió parecer otra vez los trineos con sus fogosos caballos. Eso en los muelles y los baluartes encantaba la vista; pero en las calles, las carrozas y los cabriolés rápidos eran el horror de los peatones, quienes, como no los oían llegar, á menudo no podían evitarlos á causa de las murallas de hielo, y en fin, más á menudo aun, caían bajo sus ruedas al tratar de huir.

En pocos días llenóse París de heridos y moribundos: aquí una pierna rota por una caída sobre el hielo; allí un pecho hundido por las varas de un cabriolé que, arrebatado en su carrera, no había podido detenerse sobre el hielo; entonces principió la policía á ocuparse en preservar de las ruedas á los que habían escapado del frío, del hambre y de las inundaciones, y al efecto impusieron multas á los ricos que estropeaban á los pobres, porque en aquel tiempo, reinado de los aristócratas, había aristocracia en el modo de conducir los caballos: un príncipe de sangre real corría á toda brida sin gritar: ¡cuidado! Un duque y par, un noble y una actriz de la Opera iban al gran trote; un presidente y un hacendado al trote: el petimetre y hasta el caballerete se conducían en su cabriolé como en la caza, y el jockey, de pie en la trasera, gritaba: ¡á un lado! cuando su amo había cogido ó derribado á un desgraciado.

Y luego, como dice Mercier, se levantaba el que podía; pero en suma, con tal que el parisiense viese hermosos trineos con cuello de cisne correr por los baluartes, con tal que admirase en sus pellizas de marta ó armiño á las bellas señoras de la corte arrebatadas como unos meteoros sobre los relucientes sulcos de hielo, con tal que los dorados cascabeles, las redes de púrpura y los penachos de los

caballos divirtiesen á los chiquillos escalonados al paso de todas esas bellas cosas, la clase media de París olvidaba la incuria de los empleados de policía, y las brutalidades de los cocheros, mientras que el pobre, por su parte, olvidaba la miseria al menos por un instante, porque en ese tiempo aun estaba habituado á ser protegido por los ricos ó por los que aparentabanserlo.

En esas circunstancias que acabamos de referir, ocho días después de la comida dada en Versalles por el señor de Richelieu, se vieron entrar en París, por un sol hermoso aunque frío, cuatro elegantes trineos, que se deslizaban sobre la arena endurecida que cubría el Cours-la-Reine y el extremo de los baluartes desde los Campos Eliseos. Fuera de París, el hielo puede conservar su blancura virginal, porque las pisadas del transeunte son raras; pero en París, al contrario, cien mil pisadas por hora desfloran presto y ennegrecen el espléndido manto del invierno.

Los trineos que se habían deslizado en seco por el camino, se pararon desde luego en el baluarte, es decir, así que el lodo sucedió á las nieves. En efecto, el sol de aquel día había endulzado la atmósfera, y principiaba el deshielo momentáneo, porque la pureza del aire presagiaba para la noche ese cierzo glacial que en abril agosta las primeras hojas y flores.

En el trineo que marchaba á la cabeza hallábanse dos hombres vestidos de una hopalanda de paño obscuro con cuello doble, sin más diferencia entre las dos hopalandas que el que una tenía botones y alamares de oro y la otra los tenía de seda.



Aquellos dos hombres conducidos por un caballo negro, cuyas narices arrojaban un espeso humo, precedían á un segundo trineo, al que volvían los ojos de vez en cuando, como para vigilarlo.

En ese segundo trineo iban dos mujeres tan bien envueltas en pieles que nadie habría podido descubrir su cara; y hasta se podría añadir que hubiera sido difícil decir el sexo á que pertenecían los dos personajes, á no reconocerse que eran mujeres por la altura de su peinado, en cuya cima agitaba sus plumas un sombrerito.

Del edificio colosal de aquel tocado intrincado de matas de cintas y pedrería, se escapaba una nube de polvos blancos, como se escapa en el invierno una nube de escarcha de las ramas sacudidas por el viento.

Aquellas dos damas, sentadas una al lado de otra, y tan unidas que se confundía su asiento, conversaban entre sí sin hacer caso de los numerosos espectadores que las miraban pasar por el baluarte.

Hemos olvidado decir que al cabo de un momento de perplejidad habían vuelto á proseguir su camino.

Una de ellas, la más alta y majestuosa, apoyaba á sus labios un pañuelo de fina batista bordada, y mantenía su cabeza recta y firme á pesar del viento que azotaba el trineo en su rápida carrera. Acababan de dar las cinco en la iglesia de la Santa Cruz de Antin, y principiaba á descender la noche sobre París, y con la noche el frío.

En ese momento los carruajes habían llegado muy cerca de la puerta de San Dionisio.

La dama del trineo, que tenía el pañuelo sobre la boca, hizo seña á los dos hombres de la vanguardia, quienes se lejaron del trineo de las dos damas acelerando el paso del

caballo negro. Luego se volvió la misma dama hacia la retaguardia, compuesta de otros tres trineos conducidos cada uno por un cochero sin librea, y los dos cocheros, obedeciendo á la señal que acababan de percibir, desaparecieron á la calle de San Dionisio.

Por su parte, como hemos dicho, el trineo de los dos hombres se alejó de las dos mujeres, y luego desapareció entre las primeras brumas de la noche que se condensaban alrededor de la colosal construcción de la Bastilla.

El segundo trineo se paró al llegar al baluarte de Menilmontant; de ese lado, eran raros los paseantes; pues los había dispersado la noche, y por otra parte, en ese barrio apartado, eran pocos los vecinos que se aventuraban á andar sin faroles y sin escolta, desde que el invierno había aguzado los dientes de tres á cuatro mil mendigos sospechosos, convertidos poquito á poco en ladrones.

La dama que hemos dicho daba las órdenes, tocó con la punta del dedo el hombro del cochero que conducía el trineo.

Este se paró.

— Weber, dijo ella, ¿cuánto tiempo necesitáis para conducir el cabriolé donde sabéis?

— ¿Madama toma el cabriolé? preguntó el cochero con acento alemán de los más pronunciados.

— Sí, volveré por las calles para ver los fuegos, y como las calles están más enlodadas que los baluartes, el trineo marcharía mal. Además he cogido un poco de frío, y vos también, ¿no es verdad, amiguita? dijo la dama dirigiéndose á su compañera.

— Sí, señora, respondió ésta.

— Así, ya lo oís, Weber. Adonde sabéis, con el cabriolé.



- Bien, señora.  
 — ¿ Cuánto tiempo necesitáis ?  
 — Media hora.  
 — Está bien. Ved qué hora es, querida.

La más joven de las dos damas sacó de entre su pelliza un reloj y miró la hora aunque con bastante dificultad, pues ya hemos dicho que había entrado la noche y estaba obscura.

- Las seis menos cuarto, dijo.  
 — Conque á las siete menos cuarto, Weber.

Y dichas estas palabras, la dama saltó ligera del trineo, dió la mano á su amiga y se alejó, mientras que el cochero, con gestos de respetuosa desesperación, murmuró en voz bastante alta para ser oído de su ama :

- ¡ Qué locura ! ¡ Dios mío, qué locura !

Las dos jóvenes se echaron á reir, envolviéronse en sus pellizas cuyos cuellos subían hasta las orejas, y atravesaron la calle de árboles del baluarte, divirtiéndose en hacer crujir la nieve bajo sus menudos pies calzados de finas babuchas forradas de pieles.

— Vos que tenéis buena vista, Andrea, dijo la dama que parecía de más edad, sin embargo de que no debía pasar de treinta ó treinta y dos años, mirad si podéis leer en esa esquina el nombre de la calle.

— Calle de Pont-aux-Choux, señora, dijo la más joven riendo.

— ¿ Qué calle es esta de Pont-aux-Choux ? ¡ Dios mío ! ¡ Creo que nos hemos perdido ! ¡ Calle de Pont-aux-Choux ! Me habían dicho que era la segunda calle á la derecha. Pero ¿ no sentís qué bien huele á pan caliente, Andrea ?

— No es extraño, respondió su compañera, pues nos hallamos á la puerta de una panadería.

— Pues bien, preguntemos por la calle de San Claudio. Y la que acababa de hablar se dirigió hacia la puerta.

— ¡ Oh, no entréis, señora ! exclamó vivamente la otra, dejad que entre yo.

— ¡ La calle de San Claudio, lindas señoras ! dijo una voz jovial. ¿ Queréis saber cuál es la calle de San Claudio ?

Las dos mujeres se volvieron á un mismo tiempo en dirección de la voz, y vieron en pie y apoyado contra la puerta de la panadería á un mozo de la tahona, arreujado en sus enaguillas, con el pecho y las piernas al aire, á pesar del frío glacial que hacía.

— ¡ Oh, un hombre en cueros ! exclamó la más joven de las dos mujeres. ¿ Estamos en la Oceanía ?

Y dió un paso atrás y se ocultó detrás de su compañera.

— ¿ Buscáis la calle de San Claudio ? prosiguió el galopo que no comprendía nada de aquel movimiento hecho por la más joven de las dos señoras, y que, acostumbrado á su traje, estaba lejos de atribuirle la fuerza centrífuga cuyo resultado hemos visto.

— Sí, amigo, la calle de San Claudio, respondió la mayor reprimiendo una fuerte gana de reir.

— ¡ Oh ! no es difícil de hallar ; además voy á conducirlos yo mismo á ella, repuso el jovial mozo enharinado, quien, uniendo el hecho al dicho, principió á desplegar el compás de sus largas piernas flacas, arrastrando dos zapatos viejos tan anchos como unas lanchas.

— ¡ No, no ! dijo la mayor de las señoras, que sin duda no quería que la encontrasen con semejante guía ; indicadnos la calle sin incomodaros, y ya trataremos de seguir las señas.



— La primera calle á la derecha, señora, respondió el gafa retirándose con discreción.

— ¡ Gracias ! dijeron á un tiempo las dos.

Y se pusieron á correr en la dirección indicada, sofocando la risa con los pañuelos.

## CAPÍTULO II.

### UN INTERIOR.

Ó hemos contado demasiado con la memoria de nuestro lector, ó debemos esperar que conozca ya esa calle de San Claudio, que por el Este confina con el baluarte y por el Oeste con la calle de San Luis. En efecto, ha visto á más de un personaje de los que han representado ó representarán un papel en esta historia, recorrerla en otro tiempo, esto es, cuando el gran físico José Bálamo habitaba allí con su sibila Lorenza y su maestro Althotas.

En 1784 como en 1770, época en que por la primera vez hemos conducido allí á nuestros lectores, la calle de San Claudio era una calle honrada, si bien es verdad que estaba mal alumbrada; era poco limpia, en fin, era poco concurrida, tenía pocas casas y era poco conocida. Pero tenía el nombre de un santo y su cualidad de calle del Marais, y como tal, en las tres ó cuatro casas que formaban su efectivo, abrigaba muchos pobres propietarios, muchos pobres mercaderes, y muchos infelices pobres, olvidados en las listas de la parroquia.



Además de esas tres ó cuatro casas, había también en la esquina del baluarte un hotel de grande apariencia, del que hubiera podido vanagloriarse la calle de San Claudio, como de un hotel aristocrático; pero ese edificio, cuyas altas ventanas hubieran alumbrado, por encima de la pared del patio, toda la calle en un día de fiesta, con el simple reflejo de sus candelabros y arañas, era el más negro, el más mudo y cerrado de todas las calles del barrio.

Su puerta no se abría jamás; las ventanas, forradas con cojines de cuero, tenían, en cada hoja de las persianas y en cada plinto de los postigos, una capa de polvo que los fisiólogos ó los geólogos habrían asegurado databa de diez años.

Algunas veces, un transeunte ocioso, un curioso ó un vecino, se acercaba á la puerta cochera y examinaba á través de la vasta cerradura el interior del hotel.

Entonces no veía más que matas de yerba entre los gujarros, moho y musgo en la baldosas, y á veces un enorme ratón, señor feudal de aquel dominio abandonado, que atravesaba tranquilamente el patio ó iba á sumirse en las bodegas, modestia bien superflua, cuando tenía á su completa disposición salones y gabinetes tan cómodos, donde no podían ir á turbarle los gatos.

Si era un pasante ó un curioso, después de comprobar para sí mismo la soledad de aquel hotel, proseguía su camino; pero si era un vecino, como era mayor el interés inherente á aquel hotel, casi siempre permanecía bastante largo rato en observación para que acudiese otro vecino á colocarse á su lado, atraído por una curiosidad igual á la suya, y entonces casi siempre se entablaba una conversación cuyo fondo, si no los pormenores, estamos casi seguros de reproducir.

— Vecino, decía el que no miraba al que estaba mirando, ¿qué es lo que veis en la casa del señor conde de Bál-samo?

— Vecino, respondía el que estaba mirando al que no miraba, estoy viendo el ratón.

— ¡Ah! ¿me permitís mirar?

Y el segundo curioso se instalaba á su vez al agujero de la cerradura.

— ¿Le veis? decía el vecino desposeído al que estaba en posesión.

— Sí, respondía éste. ¡Ah! ¡mucho ha engordado!

— ¿Lo creéis así?

— Estoy seguro de ello.

— ¡Vaya si ha engordado! Como que nada le mortifica.

— Y, dígame lo que se quiera, indudablemente deben quedar muy buenos bocados en la casa.

— ¡Pardiez! el señor de Bál-samo ha desaparecido demasiado pronto para no haber olvidado alguna cosa.

— ¡Eh! vecino, cuando una casa está medio quemada, ¿qué queréis que se olvide en ella?

— Bien mirado, muy bien podríais tener razón, vecino.

Y después de mirar de nuevo al ratón, se separaban como espantados de haber dicho tanto sobre una materia tan misteriosa y delicada.

En efecto, desde el incendio de aquella casa, ó más bien de una parte de ella, había desaparecido Bál-samo, no se había hecho ningún reparo en el hotel y había quedado abandonado.

Dejémoslo surgir sombrío y húmedo en la noche con sus azoteas cubiertas de nieve y su tejado mutilado por las



llamas, ese viejo hotel cerca del cual hemos querido pasar sin pararnos delante de él, como delante de un antiguo conocido; luego, atravesando la calle para pasar de la izquierda á la derecha, vemos, contigua á un jardinito cercado por una alta pared, una casa estrecha y alta que se eleva como una larga torre blanca sobre el fondo gris-azul del cielo.

En la cima de esa casa, elévase como un para-rayos una chimenea, y precisamente en el cenit de ésta fulgura una brillante estrella.

El último piso de la casa se perdería desapercibido en el espacio, sin un rayo de luz que enrojece dos ventanas de las tres que hay en su fachada.

Los otros pisos están tristes y sombríos. ¿ Están ya durmiendo sus inquilinos? ¿ ó economizan, metidos bajo las mantas, la vela tan cara y la leña tan escasa en este año? Como quiera que sea, los cuatro pisos no dan señales de existencia, mientras que el quinto no sólo vive, sino que está radiante con cierta afectación.

Llamemos á la puerta; subamos la sombría escalera que termina en el quinto piso donde tenemos que hacer. Una simple escala apoyada contra la pared conduce al piso superior.

Á la puerta pende una pata de cervatilla; una estera de junco y una patera de madera son los únicos muebles de la escalera.

Abierta la primera puerta, entraremos en un cuarto obscuro y desamueblado, es el cuarto cuya ventana no está alumbrada, el cual sirve de antesala y conduce á otro cuarto cuyos muebles y pormenores merecen toda nuestra atención.

Desde el enladrillado hasta el pavimento de madera, vense puertas toscamente pintadas, tres sillones de madera forrados de terciopelo amarillo, un pobre sofá cuyos cojines ondulan bajo sus estéticos pliegues.

Los pliegues y la flojedad son las arrugas y la atonía de un viejo sillón; joven, rebotaba y acariciaba; de edad madura, sigue á su huésped en lugar de rechazarle, y cuando se ve vencido, esto es, cuando se halla ya sentado en él, rechina.

Dos retratos colgados de la pared atraen desde luego las miradas. Una vela y una lámpara, puestas la una sobre un velador de tres pies y la otra sobre la chimenea, combinan sus rayos de manera que hacen de esos dos retratos dos focos de luz.

El primero de esos retratos con toquilla en la cabeza, carilargo y pálido, de ojo mate, barba puntiaguda, gorguera al cuello, se recomienda por su notoriedad; es la cara heroicamente semejante de Enrique III rey de Francia y Polonia.

Al pie se lee esta inscripción trazada en letras negras sobre un marco mal dorado:

ENRIQUE DE VALOIS.

El otro retrato, con un marco dorado más recientemente, de una pintura tan fresca cuanto vieja es la del otro, representa una joven de ojos negros, nariz fina y recta, juanetes prominentes y boca circunspecta. Está peinada, ó más bien abrumada bajo un edificio de cabellos y sederías, á cuyo lado la toquilla de Enrique toma las proporciones de una topinera al lado de una pirámide.



Al pie de este retrato se lee igualmente en letras negras:

JUANA DE VALOIS.

Y, después de inspeccionar el apagado hogar, las pobres cortinas de siamesa de la cama cubierta de damasco verde amarillo, si se quiere saber qué relación tienen esos retratos con los habitantes de ese quinto piso, hasta volverse hacia una mesita de encina sobre la que, apoyando una mujer su codo izquierdo y vestida sencillamente, está revisando varias cartas selladas y toma nota de sus sobrescritos.

Esta joven es el original del retrato.

A tres pasos de ella aguarda y mira en una actitud entre curiosa y respetuosa una viejecita, doncella de sesenta años, vestida como una dueña de Greuze.

« Juana de Valois, » decía la inscripción.

Pero entonces, si esa señora era una Valois, ¿ cómo Enrique III, el rey sibarita, el voluptuoso con gorguera, soportaba, ni aun en pintura, el espectáculo de semejante miseria, tratándose no solo de una persona de su raza, sino también de su nombre?

Por lo demás, la señora del quinto piso no desmentía en su persona el origen del nombre que se daba; pues tenía unas manos blancas y delicadas, que calentaba de vez en cuando cruzándose los brazos; pie pequeño, fino y bien hecho, calzado en babuchas de terciopelo muy lindas, y que también trataba de calentar pateando sobre el enladrillado brillante y frío como el hielo que cubría á París.

Luego, como el viento silbaba por bajo de las puertas y por las rendijas de las ventanas, la doncella encogía tristemente los hombros y miraba al hogar sin fuego.

En cuanto á la señora, ama de la casa, seguía contando las cartas y leyendo los sobrescritos, haciendo á cada lectura de estos un pequeño cálculo.

— Madama de Misery, murmuró, primera azafata de Su Majestad. De este lado no hay que contar más que seis lises, porque ya me han dado.

Y diciendo esto exhaló un suspiro.

— Madama Patrix, camarista de Su Majestad, dos lises.

— M. de Ormesson, una audiencia.

— M. de Colonne un consejo.

— M. de Rohán una visita. Y trataremos de que nos la haga, dijo la joven sonriendo.

— De consiguiente, tenemos ocho lises asegurados de aquí á ocho días, continuó con el mismo tono; y levantando la cabeza, añadió:

— Señora Clotilde, despabilad esta vela.

La vieja obedeció y se volvió á su sitio seria y muy atenta.

Esa especie de inquisición de que era objeto pareció fatigar á la joven.

— Mirad, querida, dijo, si queda algún cabo de bujía, y dádmelo. Me incomodan las velas de sebo.

— No hay ninguno, respondió la vieja.

— Sin embargo, mirad.

— ¿ En dónde he de mirar?

— En la antesala.

— Mucho frío hace por allí.

— ¡ Calla!... ¡ Están llamando! dijo la joven.

— La señora se engaña, dijo la vieja testaruda.

— Me lo había parecido, señora Clotilde.

UNIVERSIDAD DE BAYONA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
f. no. 1625 MONTAÑAN, MENDO



Y viendo que la vieja se obstinaba, cedió gruñendo suavemente, como hacen las personas que, por una causa cualquiera, han dejado á sus inferiores adquirir sobre ellas derechos que no debieran pertenecerles.

En seguida se volvió á su cálculo.

— Ocho luises, de los que debo tres en el barrio.

Tomó la pluma y escribió :

— Tres luises... Cinco prometidos á M. de la Motte para hacerle llevadera su residencia en Bar-sur-Aube... ¡Pobre diablo! nuestro matrimonio no le ha enriquecido ; pero, paciencia !

Y volvió á sonreirse, pero esta vez mirándose en su espejo colocado entre los dos retratos.

— Ahora, prosiguió, viajes de Versailles á París y de París á Versailles. Viajes, un Luis.

Y escribió este nuevo guarismo en la columna de los gastos.

— Ahora para vivir ocho días, un Luis.

Y escribió de nuevo.

— Prendidos, fiacres, gratificaciones á los porteros de las casas donde tengo solicitudes : cuatro luises. ¿ Está todo ? Sumemos.

Pero se interrumpió en medio de su suma.

— Os repito que están llamando.

— No, señora, respondió la vieja entumecida en su sitio. No es aquí, es debajo, en el cuarto piso.

— Cuatro, seis, once, catorce luises : seis menos de lo necesario, y todo un guardaropas que renovar, y pagar á esta bruta vieja para despedirla.

Luego exclamó de súbito encolerizada :

— ¡ Os repito que están llamando, desdichada !

Y esta vez, preciso es confesar que el oído más indócil

no hubiera podido resistirse á oír la llamada exterior, porque la campanilla, agitada vigorosamente, se estremeció en su ángulo y vibró tan largo rato, que la lengüeta dió una docena de golpes contra las paredes.

Á este ruido, y mientras la vieja, sacudiendo por último su sueño, corría á la antesala, su ama, ágil como una ardilla, recogía las cartas y los papeles esparcidos sobre la mesa, los metía todos en un cajón, y después de una rápida ojeada lanzada en torno suyo para asegurarse de que todo estaba en orden, se colocaba en el sofá en la actitud humilde y triste de una persona enferma, pero resignada.

Apresurémonos á decir que sólo sus miembros reposaban ; el ojo, activo, inquieto y vigilante, interrogaba al espejo, que reflejaba la puerta de entrada, mientras que el oído, en acecho, se preparaba á coger el sonido más ligero.

La dueña abrió la puerta, y oyóse la murmurar algunas palabras en la antesala.

Entonces una voz fresca y dulce, sin carecer de firmeza, pronunció estas palabras :

— ¿ Vive aquí la señora condesa de La Motte ?

— ¿ La señora condesa de la Motte Valois ? repuso Clotilde gangueando.

— La misma, buena mujer. ¿ Está en casa la señora de la Motte ?

— Sí, señora, y demasiado indispuesta para salir.

Durante este coloquio, del que no había perdido una sola sílaba la supuesta enferma, habiendo mirado en el espejo, vió que preguntaba á Clotilde una mujer que, según todas las apariencias, pertenecía á una clase elevada de la sociedad.

Abandonó al punto el sofá y se fué al sillón á fin de dejar el asiento de honor á la extranjera.



Mientras ejecutaba este movimiento, no pudo menos de notar que la visitante se había vuelto en la meseta de la escalera para decir á otra persona que se había quedado en la obscuridad:

— Podéis entrar, señora, pues está en casa.

Cerróse de nuevo la puerta, y las mujeres que hemos visto preguntar por la calle de San Claudio, acababan de entrar en la casa de la condesa de la Motte.

— ¿Quién debo anunciar á la señora condesa? preguntó Clotilde paseando con curiosidad, aunque respetuosamente, la luz por delante de la cara de las dos señoras.

— Anunciad una dama de la Caridad, dijo la mayor.

— ¿De París?

— No, de Versalles.

Clotilde entró en el aposento de su ama, y las extranjeras, siguiéndola, se hallaron en el cuarto alumbrado en el momento en que Juana de Valois se levantaba penosamente de su sillón para saludar con mucha urbanidad á las dos huéspedes.

Clotilde adelantó los otros dos sillones, á fin de que las visitantes pudiesen escoger asiento, y se retiró á la antesala con una meditada lentitud que dejaba adivinar su intención de escuchar detrás de la puerta la conversación que iba á entablarse.

### CAPÍTULO III.

#### JUANA DE LA MOTTE DE VALOIS.

Cuando Juana de la Motte pudo levantar cortesmente los ojos, su primer cuidado fué ver con qué caras tenía que habérselas.

La mayor de las dos mujeres podía tener, como hemos dicho, de treinta á treinta y dos años, y era de una hermosura notable, aunque cierto aire de altivez pintada en todo su semblante quitaba á su fisonomía una parte del encanto que podía tener. Al menos, tal fué el juicio que formó Juana por lo poco que percibió de la fisonomía de la visitante.

En efecto, prefiriendo un sillón al sofá, se había colocado distante de los rayos de la luz que despedía la lámpara, retirándose en un ángulo del cuarto, y calando sobre su frente la cofia de tafetán acolchado de su capotillo, que de ese modo proyectaba una sombra sobre su cara.

Pero tenía la cabeza tan erguida, el ojo tan vivo y tan naturalmente dilatado, que aun dejando aparte todo rasgo particular, bastaba el conjunto para revelar en la visitante una mujer de bella raza, y sobre todo de raza noble.